

engaño. Mr. de Fernig abrazó á sus hijas llorando tambien, y las presentó á Beurnonville, que describió aquella escena en su oficio á la Convencion. Esta citó los nombres de aquellas dos jóvenes á Francia, y les envió caballos y armas de honor en nombre de la patria. Ya las volverémos á encontrar en Jemmapes, combatiendo, triunfando y salvando á los heridos enemigos despues de haberlos vencido. El Tasso no ha inventado en Clorinda más heroísmo, nada más maravilloso, ni más amor que el que admiró la república en el disfraz filial, en las hazañas y el destino de aquellas dos heroínas de la libertad.

Dumouriez, cuando fué á mandar en Flandes la primera vez, las presentó á la admiracion de sus soldados en el campamento de Maulde. Su casa, cuando ocurrieron los primeros reveses, designada á la venganza de los austriacos, fué quemada, y Mr. de Fernig no tuvo ya más patria que el ejército. Dumouriez llevó consigo al padre, al hijo y á las dos hijas á la campaña del Argonne; dió al padre y al hijo grados en el estado mayor. Las jóvenes, siempre entre su padre y su hermano, llevaban el traje, las armas y hacian las funciones de ayudantes de órdenes. Habian combatido en Valmy, y estaban impacientes por combatir en Jemmapes. La mayor, Felicidad de Fernig, seguia á caballo al duque de Chartres, á quien no queria abandonar durante la accion. La segunda, Teófila, se preparaba para llevar al anciano general Ferrand las órdenes del general en jefe, y para marchar con él al asalto de los reductos del ala izquierda. Dumouriez mostraba aquellas dos encantadoras heroínas á sus soldados como un modelo de patriotismo y un presagio de la victoria. Su belleza y su juventud recordaban al ejército aquellas apariciones maravillosas de los genios protectores de los pueblos á la cabeza de los ejércitos el dia del combate. La libertad, como la religion, era digna tambien de tener sus milagros.

XVI

Mientras que Dumouriez, despues de haber concluido su inspeccion, decia al pasar á sus soldados aquellas palabras que reasumen el entusiasmo en un ademan y vienen á ser el santo de la victoria, empezábase el combate en los dos extremos de su larga línea de batalla, por la derecha y por la izquierda. Por ésta se lanzó el general Ferrand, cantando la *Marsellesa*, sobre la fortificada villa de Quaregnon, puesto avanzado y que era indispensable tomar ántes de poder cerrar la derecha de los austriacos ó escalar á Jemmapes. Atento Dumouriez al estruendo del cañon, que tronaba sin mudar de sitio desde hacía más de una hora por aquel lado, comprendió que Ferrand hallaba allí un obstáculo irresistible en las baterías, que ya la víspera habian hecho retroceder á los batallones belgas. No teniendo ningun movimiento que hacer, ni que vigilar el centro inmóvil, corre al galope hácia Quaregnon para animar con su presencia un ataque que no podia salir mal sin paralizar todos sus movimientos en el centro y en la derecha. Al acercarse Ferrand, acosado por el fuego que le hacian de las casas y por los cañonazos de los reductos, que todo lo barrían, parecia como indeciso, y al abrigo de los primeros edificios del pueblo, daba á sus batallones el tiempo de reponerse. Una palabra y un ademan de Dumouriez, señalando á las alturas, reanimaron los batallones dudosos. Envió á su confidente Thouvenot para que le reemplazase en el impulso y la direc-

cion de aquellas columnas. Ferrand y Thouvenot, animados de una generosa emulacion, rehacen y mueven de nuevo las columnas, se lanzan á su cabeza sobre el flanco derecho y sobre el izquierdo del pueblo, reciben tres veces la descarga de los reductos, los toman al paso de carga y á la bayoneta, y sostenidos por cuatro batallones del general Rozieres que cubren las filas, se apoderan de Quaregnon y del espacio que separa á este pueblo de Jemmapes.

Allí, siguiendo las instrucciones de Dumouriez, dividen sus fuerzas en dos columnas; una, al mando de Rozieres, despliega ocho escuadrones en batalla sobre el camino, mientras el general en jefe, con ocho batallones de infantería, se acerca á Jemmapes por la izquierda; la otra, á cuya cabeza marchan Ferrand y Thouvenot, forma el ataque principal en columnas por batallones, y se acerca á Jemmapes por el frente y á la bayoneta, para no dar tiempo, descargando y cargando de nuevo las armas, á que los reductos acribillasen á los asaltantes.

Thouvenot para corresponder al pensamiento de su general y amigo, Ferrand para hacer olvidar su indecision de la mañana y hacer más venerables sus blancos cabellos con una victoria, hicieron mil veces el sacrificio de sus vidas, conduciendo los granaderos, la infantería de línea y los diezmados voluntarios, de escalon en escalon, sobre las mesetas de Jemmapes. Confundido por una nube de balas de cañon y de obus que levantaban la tierra de los ribazos bajo sus piés, cayendo de su caballo, que murió en el acto, Ferrand, levantado por Thouvenot, se coloca á pié con el sombrero en la mano á la cabeza de los granaderos, coge un fusil y carga á la bayoneta en las calles del pueblo, sufriendo la metralla de los austriacos. Su sangre corre, pero no la siente. Rozieres con sus cuatro batallones amenaza cercar á Jemmapes por la izquierda; los ocho escuadrones que ha colocado en observacion se lanzan y emprenden al galope la pendiente de la villa, obligando á que cese el fuego en los reductos. Un destacamento de cazadores á caballo se precipita sobre uno de los últimos batallones de granaderos húngaros, que aún luchaba con la columna del centro. La joven Teófila Fernig, lanzándose con sus cazadores sobre aquel batallon, lo desordena, derriba dos granaderos de dos pistoletazos, y hace prisionero al jefe del batallon, que conduce desarmado á presencia de Ferrand.

Desde entónces, tranquilo ya Dumouriez en cuanto al ataque de la izquierda, donde habia dejado su alma en la persona de Thouvenot, y viendo desde el llano las nubes de humo que rodeaban á Jemmapes, y hacian conocer al esparcirse por los aires los progresos de los franceses, fijó toda su atencion en la derecha. Desprovisto por aquel lado del cuerpo de ejército de los Ardennes, y de Valence, su jefe, que aún no habian llegado á la línea, descansaba en Beurnonville, general activo é inspirado por el fuego. Eran las once de la mañana, y el dia iba transcurriendo. Dumouriez, despues de cambiar el caballo en el cuartel general, dió rápidamente algunas órdenes al duque de Chartres, y volvió á marchar á toda brida para ver por sí mismo lo que detenía el ataque de Beurnonville al pié de la meseta de Cuesmes. Al llegar, halló las tropas de este general inmóviles como murallas bajo las balas de cañon que llovian sobre ellas, pero sin atreverse á salvar las gradas de fuego que las separaban del llano. Dos de las brigadas de infantería de Beurnonville sobresalian un poco de los reductos defendidos por los granaderos húngaros. Cien pasos detras, diez escuadrones de húsares, de dragones

y de cazadores franceses esperaban en vano que la infantería les abriese el espacio cerrado delante de ellos. Estos escuadrones recibían de momento en momento las descargas oblicuas de las piezas de artillería, que los flanqueaban y derribaban filas enteras de caballos. Para colmo de desastre, la artillería del general D'Harville, apostada á lo léjos sobre las alturas de Ciplý, tomando aquellos escuadrones por una masa de caballería húngara, les hacía fuego á su espalda. Encima de los reductos, una columna de caballería y otra de infantería austriaca, dispuestas á caer sobre nuestros batallones tan pronto como los rompiesen las balas de cañón, dejaban ver las primeras líneas de bayonetas y las cabezas y pechos de los caballos de los primeros pelotones, detras y encima del humo de los cañones.

Tal era la situacion de nuestras columnas de ataque sobre los llanos de Cuesmes cuando llegó Dumouriez. Pero impaciente al ver un alto que, suspendiendo el entusiasmo de las tropas, les daba tiempo para contar los muertos y la tentacion de retroceder, el general Dampierre, comandante á las órdenes de Beurnonville, no aguardó que Dumouriez le arrebatase la victoria ó la muerte. Dampierre, en una carga desesperada, conduce con el gesto y la voz el regimiento de Flandes y el batallon de voluntarios cazadores de Paris, gente perdida que lleva al campo de batalla el fanatismo teatral pero heroico de los jacobinos. Agita con la mano izquierda el penacho tricolor de su sombrero de general, llama con el movimiento de su espada al batallon, que está cien pasos detras, expuesto sólo á la metralla de los reductos y al fuego de los húngaros. Parece que la muerte, que tan cerca le esperaba sobre otro campo de batalla, huye de él, y sale sin ser herido. El regimiento de Flandes y el batallon de Paris, tranquilizados al verle en pié, se lanzan al paso de carga, y le alcanzan, en medio de los gritos de *¡Viva la república!* Rompen á la bayoneta los batallones húngaros, y entran detras de ellos en los dos reductos, cuyas piezas vuelven contra el enemigo. Dumouriez y Beurnonville, guiando por el frente y por la derecha las otras dos columnas al paso de carga, les hacen entrar en la meseta, despejada ya por Dampierre. Los gritos de victoria y la bandera tricolor plantada sobre el último reducto anuncian á Dumouriez que Cuesmes es ya suyo, y que es tiempo de atacar un centro cuyas dos alas están en retirada y cuyos flancos pueden ser descubiertos.

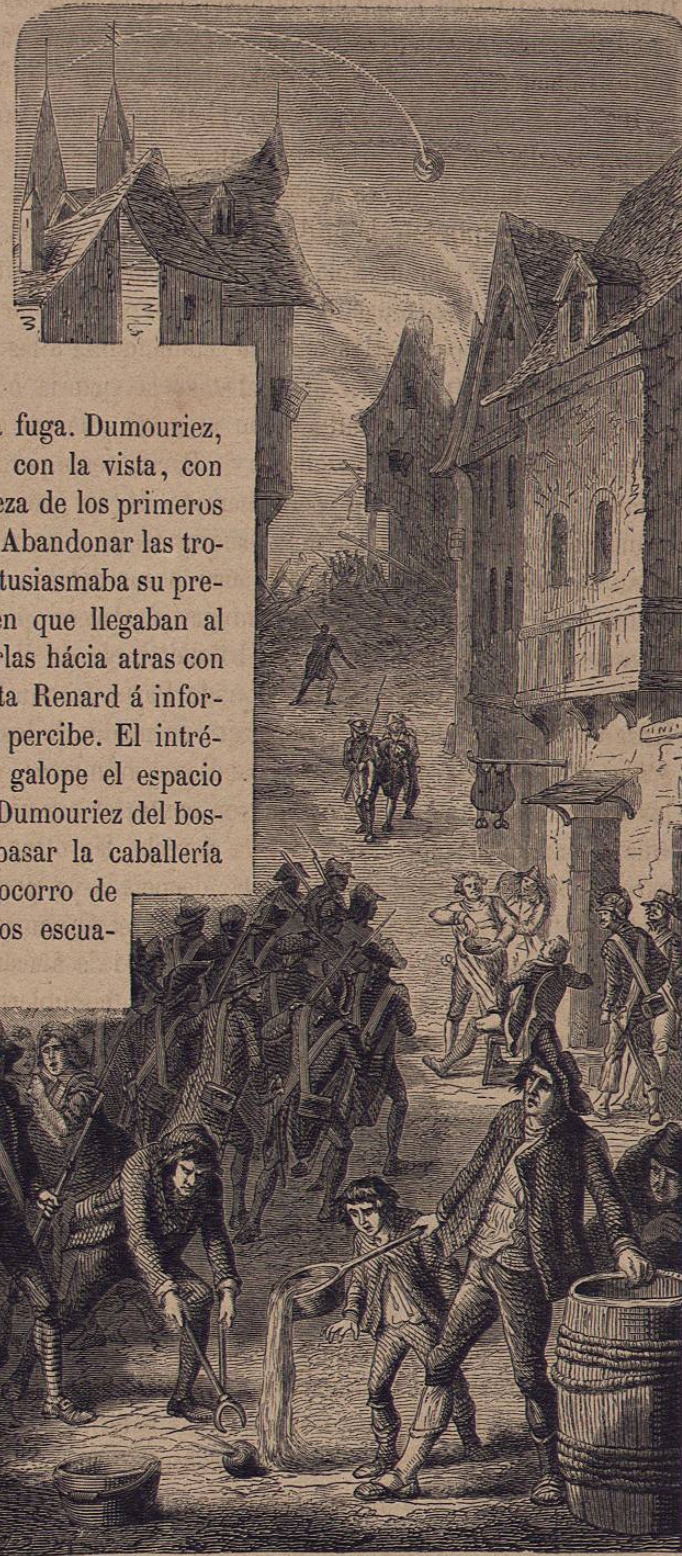
Sale á escape para dar la órden á la masa de sus treinta y cinco mil combatientes de atacar las alturas fortificadas que unen la villa de Cuesmes á la de Jemmapes. Estos numerosos batallones escuchaban, inmóviles con el arma al brazo desde la aurora, las descargas de artillería que se respondían de un ala á la otra. El viento, que soplabá del lado de Jemmapes, les enviaba con el sonido del bronce los copos de humo y el olor entusiasta de la pólvora. Estaban impacientes por cargar, y murmuraban de la lentitud de su general.

Toda la línea se pone en movimiento á la señal de Dumouriez, forma por batallones en tres compactas y largas columnas, entona simultáneamente la *Marsellesa*, y atraviesa á paso de ataque el llano estrecho que separa las dos alturas. Los ciento veinte cañones y obuses de las baterías austriacas vomitan sin descanso sus balas y granadas sobre aquellas columnas, que sólo responden con el himno de los combates. Los tiros, disparados desde mucha elevacion, pasan sobre la cabeza de los soldados y sólo alcanzan las últimas filas. Dos columnas empiezan á subir las cuestas.

La tercera, que avanzaba por la garganta ancha y obstruida por los árboles del bosque de Flenu, cargada de repente por ocho escuadrones austriacos, se detiene, retrocede y se abriga detras de las casas del pueblo. Esta indecision se comunica á las columnas de derecha é izquierda, y las filas se aclaran á cada

minuto. Las cabezas de las columnas se repliegan á retaguardia. Los batallones de jóvenes, ménos intrépidos para esperar inmóviles que para correr delante de la muerte, principiaban á desunirse y á formarse á la ventura en pelotones confusos, indicio

y prelude ordinario de la fuga. Dumouriez, espada en mano, guiaba con la vista, con el ademan y la voz la cabeza de los primeros batallones de la derecha. Abandonar las tropas elegidas, á quienes entusiasmaba su presencia, en el momento en que llegaban al primer reducto, era llevarlas hácia atras con él. Envía al jóven Bautista Renard á informarse del desórden que percibe. El intrépido Bautista atraviesa á galope el espacio que separa la division de Dumouriez del bosque de Flenu; reúne al pasar la caballería francesa, y la lanza al socorro de la columna rota. Ya estos escua-



Sitio de Lille.—Pág. 347.

drones, desbordándose en el llano, sembraban la confusion y el terror en lo último de nuestras columnas de ataque. Toda la brigada del general Drouin, cortada y acuchillada, se dispersaba. Clairfayt, desde lo más elevado de su posición, de donde dominaba nuestros ataques, ve el inmenso reflujo que la brigada de Drouin efectúa en el llano, y envía allá en masa toda su caballería. Este choque, terrible para batallones bisoños, los corta, disemina y hace retroceder en grupos despar- ramados hasta su primera línea.

Iba á sufrir quizá la misma suerte el centro, arrastrado cada vez más por aquel torrente de desórden y confusion, cuando el duque de Chartres, que combatía en vanguardia, se vuelve y ve á la izquierda aquella derrota de sus batallones. Al momento, volviendo la cabeza de su caballo, herido ya en las ancas por un casco de granada, corre con el sable en la mano, seguido de su hermano el duque de Montpensier, de la más jóven de las hermanas Fernig y un grupo de sus ayudantes de campo, á través de los húsares enemigos. Atraviesa el llano abriéndose paso á pistoletazos, llega á lo más encarnizado de la pelea por medio de los grupos de las brigadas que se retiraban. La voz del jóven general, el entusiasmo de la victoria que manifiestan las fisonomías de los pocos que le acompañan, la vergüenza que experimentan los soldados intimidados al ver una jóven de diez y seis años, llevando la brida con los dientes y una pistola en la mano, recriminarles por haber huido ante los peligros que ella arrostra; la pólvora y la sangre que cubren el rostro del duque de Montpensier, las súplicas de los oficiales que corren con espada en mano detras de sus compañías desafiando á sus soldados y diciéndolos que sólo sobre su cuerpo podrán pasar, suspenden la derrota y fijan en torno del estado mayor del jóven príncipe un núcleo de voluntarios de todos los batallones. Los arregla apresuradamente, los anima y los lleva consigo. «Os llamareis—les dice— el batallon de Jemmapes, y mañana el batallon de la victoria, porque vosotros la llevais en vuestras filas.»

Formando pabellon, hace colocar en medio de este cuerpo las cinco banderas de los cinco batallones cuyos despojos reúne esta columna, la lleva consigo en medio de los gritos de *Viva la república!*, y la sostiene, al atravesar de nuevo la llanura, con una carga de caballería del centro contra los escuadrones austriacos. El batallon de Jemmapes, aumentado en su tránsito por los destacamentos de las brigadas dispersas, se acerca con la impetuosidad de la venganza á los atrinchera- mientos, que escala sobre los cuerpos de los heridos y moribundos. Hasta la caba- llería, superando las dificultades del terreno, se precipita sobre los reductos, mu- riendo todos los artilleros austriacos al pié de sus piezas. En la proximidad de las baterías está el terreno resbaladizo con la sangre de los hombres y de los caballos, y marcan los escalones de cadáveres los diferentes órdenes de reductos. Los hún- garos, cruzando las bayonetas con los voluntarios, oponen una muralla de hierro detras de cada muralla de fuego; los hombres formados que suben, apénas bastan para reemplazar en las filas los derribados por las descargas de los reductos. El duque de Chartres y su columna ya no avanzan un paso, van de nuevo á verse obligados á retroceder á la llanura, cuando el general Ferrand, saliendo al fin de Jemmapes, que habia tomado, se adelanta á la cabeza de seis mil hombres y de ocho piezas de artillería, y estrecha á los austriacos entre dos fuegos.

A las primeras descargas sobre sus batallones flanqueados, los generales aus-

triacos hacen replegar lentamente sus tropas, abandonando al duque de Chartres y á Ferrand las alturas y los reductos de Jemmapes. A este movimiento de los enemigos, el duque de Chartres y el general Ferrand, reunidos, envían su infan- tería ligera y su caballería sobre la retaguardia de los austriacos. Comprometida esta ala del ejército enemigo, no tiene tiempo de reunirse al cuerpo principal; se precipita al pié de la colina detras de Jemmapes, bajo el fuego, el sable y la bayo- neta de los franceses. Parte de la infantería consigue evadirse abandonando sus armas y dejando los prisioneros y los muertos. La caballería austriaca, lanzada al galope en los barrancos que hay al pié de la colina, se precipita al rio Haine, encajonado, profundo y rápido en medio de aquellos pantanos. Cuatrocientos ó quinientos hombres y más de ochocientos caballos quedaron allí hundidos, hacien- do esfuerzos por atravesarlo. Las orillas escarpadas y fangosas de aquel impetuoso torrente rechazan los piés de los caballos y las manos de los hombres, que se apoyan en ellas para dominarlas. El rio, crecido con las lluvias de otoño, arrastra cadáveres de hombres y caballos, dejándolos una legua más abajo en el fango y entre los juncos de aquel lodazal. Ferrand envió al momento al general Thouve- not á informar á Dumouriez de las ventajas de su ala izquierda; el duque de Char- tres le envió á su hermano el duque de Montpensier, para decir al general en jefe que el combate estaba restablecido y apagados los fuegos de los reductos en el centro.

XVII

Durante estos diversos movimientos de su línea de batalla y las vicisitudes de tantos combates distintos, Dumouriez, lleno de confianza en su principal cuerpo de batalla, que veía lanzado é inmediato á la primera fila de los reductos del cen- tro, corrió de nuevo hácia donde estaba Beurnonville.

De los cinco reductos que flanqueaban las alturas de Cuesmes, sólo habian sido tomados dos á su vista aquella mañana por el denuedo de Dampierre. Pero el duque de Sajonia-Teschen habia reunido sus mejores batallones húngaros y sus escuadro- nes de caballería de línea en la cumbre y á la espalda de la meseta, que dominaba los otros tres reductos. Esta posición, que cubría á la vez la cabeza de su línea y la comunicacion con la ciudad de Mons, era la llave de la victoria ó de la derrota. Latour, Beaulieu, sus mejores generales y más valientes soldados la defendían, estando allí el nervio de su ejército. Dumouriez lo habia comprendido, y volvía con inquietud. En el momento en que llegaba de nuevo, algunos ayudantes de órdenes, consternados por la indecision y decadencia de su cuerpo de batalla, le llevaban la triste noticia de la derrota de sus tres brigadas en el bosque de Flenu. El mismo Dumouriez, colocando su caballo sobre un teso, y contemplando un mo- mento la inflexion de su línea y los cascos de la numerosa caballería de Clairfayt que brillaban al sol en la llanura, experimentó una de aquellas dudas mortales que colocan al guerrero entre una prudencia humillante y una temeraria obstinacion. Conoció la necesidad de replegar sus dos alas medio victoriosas para unir las á un centro que ya no las sostenía, y bajó del teso al paso, con la cabeza inclinada, pen- sativo y resuelto á mandar la retirada.

Se leía en su rostro lo que costaba á su alma esta resolucion. La revolucion y él tenían igual necesidad de una victoria. Era el primer fuego que nuestros bata-